

## MUJERES ESPAÑOLAS DE LA CONQUISTA EN DON JOAN DE CASTELLANOS (II)

Escribe: MARIO GERMAN ROMERO

— X —

### TODO ERA ANDAR ENAMORADOS

Pocos dramas de pasión tan intensos y sangrientos como el que desencadenó la hermosura de Doña Inés de Atienza en la célebre expedición de los *marañones* en busca del Dorado. Allí hubo de todo: sangre, traición, locura, motín y hasta rebelión contra el rey.

Para el fin que nos proponemos, nos vamos a detener en la figura de la bella Doña Inés, cuyas aventuras relatan los cronistas e idealizó Don Joan de Castellanos.

La bibliografía referente a la expedición de Ursúa es abundante (1). Conocemos del caballero navarro, había nacido en Pamplona según Ortiguera, su llegada al Nuevo Reino en 1545 con Díaz Armendáriz, sus campañas contra los muzos, taironas y cimarrones. Fundador de ciudades, sentíase con bríos para conquistar el Dorado, y así se presentó en Lima en 1558. El virrey Cañete le abrió las Cajas Reales, pregonó la expedición, reclutó soldados y después de año y medio de preparativos, en junio de 1559 estaba listo para emprender la expedición en que perdería la vida.

Quiso la mala suerte que el gobernador hubiera puesto los ojos por allá en Trujillo en una hermosa viuda, poco recatada, deseosa de correr aventuras de guerra y amor, doña Inés de Atienza,

*Hija de Blas de Atienza, que de Lima  
O de Trujillo fue, moza lustrosa,  
Avisada, graciosa y en estima,  
Como ya dicho tengo de hermosura.* (I, 620).

Del padre, el capitán Blas de Atienza, sabemos que navegó en canoa al mar del Sur con Balboa.

Aguado y Simón afirman que era viuda de Pedro de Arcos, vecino del Perú (2). Y que era bella, ya oímos a Castellanos pregonarlo; la *Relación* dice de ella que era "moza muy hermosa", Ortiguera la califica de "moza hermosa", para Simón era "mujer gallarda y de muy buen parecer".

En cuanto a su conducta moral, Castellanos hace una salvedad:

*La bella doña Inés era la dama  
Que tuvo con razón nombre de bella,  
Si fuera con reguardo de la fama  
Que debe reguardar cualquier doncella;*

y luego con galante indulgencia,

*No tiene padres puestos al enmienda  
Ni deudos que le tiren de la rienda. (I, 620)..*

La Relación Hernández dice “que uno la decía p...”, Aguado la califica de “mujer pública”. “Tenía mala fama y peores mañas”, dice otra Relación.

Si es cierto que no era la única mujer que figuraba en la expedición, “eran siste mujeres casadas y otras cinco que se pretendían casar”, su presencia fue acogida con reservas. Así lo hicieron saber al gobernador entre otros Pedro de Añasco, o Linasco como dice Simón o Pero Alonso según Castellanos:

*Y demos al diablo los amores,  
Que semejantes cargos no requieren;  
Pues son causa de grandes sinsabores,  
Y por ellos también los hombres mueren:  
Con santo celo doy este consejo,  
Y con licencia de soldado viejo. (I, 630).*

El de Añasco “le escribió otra carta rogándole que porque la ida allá de doña Inés, su amiga, era cosa escandalosa, y de que a todos sus amigos les pesaba, que le rogaba mucho diese consentimiento a que él hiciese quedar a la dicha doña Inés, que aún no estaba dentro en los Motilones, y que para esto él se daría buena maña, que ella ni nadie no entendiesen que el Gobernador había sido causa de su quedada, que él lo tomaba a su cargo, y que no quería más de saber que a él no le pesaba dello. Yo vide ansimismo esta carta, y el Gobernador no respondió a ella, antes invió persona que llevase la dicha doña Inés con toda la brevedad posible” (3). Aguado y Simón ponen en la pluma del buen consejero algo más fuerte: “por ser una cosa fea, de tan mal ejemplo”.

Vargas Machuca, tan experimentado en estas cosas de las Indias, recomienda al caudillo no llevar mujeres “si no fuere yendo a poblar, porque en todas las demás ocasiones es un cogijo grande y trabajo incomportable que con ellas se pasa en el camino, demás de la inquietud del campo y la enfermedad que acarrean al soldado, pues donde no hay salud no hay fuerza. También son de muy gran estorbo al marchar, a cuya causa se han dejado de hacer muy buenos efectos; y para ejemplo de esto y obligar al soldado a que no la lleve, ha de comenzar por sí, persuadiéndolos a ello por el peligro que conocidamente corren, por su flaqueza, por no poder sustentar el trabajo: demás de esto, son causa de alborotos y muertes, como ya se ha visto muchas veces”. (*Milicia Indiana*, tomo I, p. 118).

En compañía de “los mayores traidores que en el Perú había”, se puso en marcha la expedición y comenzaron las quejas que en última instancia

iban todas enderezadas contra doña Inés. No le faltaron a la hermosa sueños proféticos:

*Soñé robos, incendios, tiranías,  
Sanguinolentos tratos y traiciones:  
Vía tendido, muerto y en el suelo  
A quien es mi favor y mi consuelo.  
.....  
Las dagas me metían por los pechos  
Y a golpes quebrantaban mis mejillas. (I, 632).*

Se quejaban de falta de comida: “Díjose que el Gobernador y su amiga doña Inés, y el don Juan de Vargas, tomaron tanto para ellos solos, como dieron a todos los demás del campo” (4). Que a los soldados se les imponía el castigo de “que fuesen remando y bogando la balsa de doña Inés [...] se afrentaban dello mucho; y otros mal intencionados [...] murmuraban diciendo que era mejor ahorcarlos que no hacerles remar las canoas y balsas” (5).

El descontento iba creciendo: decían de doña Inés “que le había hecho en alguna manera que mudase la condición, y que le había hechizado, porque de muy afable y conversable que solía ser con todos, se había vuelto algo grave y desabrido, y enemigo de toda conversación, y comía solo, cosa que nunca había hecho, [...] habíase hecho amigo de soledad, y aun alojábase siempre solo y apartado lo más que podía de la conversación del campo, y junto a sí la dicha doña Inés, sólo, y a fin, según parecía, de que nadie la estorbase sus amores; y embebecido en ellos, parecía que las cosas de guerra y descubrimiento las tenía olvidadas” (6). Porque, como dice el autor de la *Relación*, “era muy enamorado y dado a mujeres, aunque honesto en no tratar en ellas, ni loarse de lo que en semejantes negocios acaesce a muchos” (7).

El Padre Aguado señala la causa de tales murmuraciones: “porque no les daba tanta largueza como ellos querían para robar y matar indios, como porque no se daba en conversación y trato a todos, como solía” (8).

Mientras Pedro de Ursúa gozaba a solas de las caricias de doña Inés, se iba tramando la manera de matarlo. Era un secreto a voces pero la víctima confiaba en los traidores:

*Siento quereme bien toda la gente,  
E yo también estoy muy bien con ella,  
Cosa no hallo que me represente  
Para tanto rigor una centella:  
Menos puedo hallar hombre viviente  
Que con razón de mí tenga querella;  
Por tanto cese vuestro desconsuelo,  
Y desco no tengáis algún recelo. (I, 633).*

¡Mira ya, buen Ursúa, que te engañas!, le advierte con razón el Beneficiado. Un negro llamado Juan Primero, esclavo de Juan Alonso de la Bandera, había oído a su amo que trataban de matar al Gobernador y

quiso ponerlo en guardia pero halló "que estaba con doña Inés, y no le pudo hablar", avisó a otro negro que era de su servicio y este descuidó el decirlo. Para "tener más largueza en conversar con doña Inés, dice el Padre Aguado, que no tenía guardia, porque teniendo guardia en su rancho no había de ser tan disoluto que delante de los soldados de la guardia tuviese comunicación con su amiga, y así se estaba solo con solos sus pajes".

La versión de Castellanos es distinta. Joan Criollo le dio aviso,

*Pero de sus palabras no curando,  
Estúvose con él chocarreando. (I, 634).*

Avisado o no, lo cierto fue que en la noche del 1º de enero de 1561 los amotinados mataron a estocadas al infeliz Ursúa.

Descontento por la falta de comida, el cambio del Gobernador con sus soldados, el castigo de los remos, los hechizos de doña Inés, la soledad, el olvido de las cosas de la guerra, la pasión de Juan Alonso y Salduendo por doña Inés, desencadenaron la tragedia.

Son unánimes los cronistas en afirmar que la pasión de Ursúa por la hermosa viuda fue la causa de su desgracia (9).

*Aprestándose pues desta manera  
Con temor de que gente se le huya,  
La bella doña Inés, que no debiera,  
Allí llegó también en busca suya;  
Porque con una muerte lastimera  
Vida de dos amantes se concluya. (I, 622).*

Hemos dicho que Salduendo se enamoró de doña Inés; recoge esta versión Castellanos cuando dice,

*Pues entre muchos dellos hubo fama  
Haber puesto los ojos el Salduendo  
En los merecimientos desta dama. (I, 622).*

La ocasión para que se prendiera esta pasión en el alma del amotinado fue aquel torneo que organizaron en honor de la viuda para dar contento al gobernador y que describe Castellanos con singular maestría. Infantería, hombres de a caballo *con trémulas banderas y pendones*, escuadrones que lucían sus habilidades en presencia de las dueñas, ondear de las plumas por los yelmos, revuelo de lanzas, cambio de adargas, descargas de arcabuces, todo en el mayor orden, y doña Inés

*En un cuartago blanco pequenuelo  
Iba, pero muy bien aderezado,  
Basquiña de lustroso terciopelo,  
Un galdresillo de color morado,  
Las guarniciones de color de cielo,  
Con cristalinas perlas estampado,  
Capelete con plumas y medalla,  
Con el más aderezo que se calla. (I, 623).*

Rebozada, hacia gran destrozo en esa compañía, cuando a petición de cierto mozo se quitó el antifaz y *atónita quedó la gente vana*, entre otros el desventurado Salduendo *pues en las muestras iba descubriendo sus apasionadísimos conceptos*, la fiesta terminó *pero no su loca fantasía*, (I, 623 s.).

Muerto Ursúa doña Inés llora la muerte de su amante. Huye a la montaña *desconsolada, triste y afligida*.

*El resplandor dorado del cabello  
Llevaba por los hombros derramado,  
Porque cudiciosísimos de vello  
Los ramos le quitaron el tocado:  
Hacia descubrir el blanco cuello  
Entrellos algún aire reportado,  
Imaginando ser el tal decoro  
Nieve cubierta con madejas de oro.* (I, 638).

A la muerte de Ursúa, Juan Alonso fue el primero en los favores de la bella. "Días adelante sucedió que Juan Alonso besitaba muchas veces a doña Inés con intención de echarse con ella y cuando iba a verla hallaba siempre a Baltasar de Miranda y a Pedro Hernández y le parecía muy mal. Supo también que Miranda dijo a doña Inés al oír la quejarse del J. Alonso: —Señora, tras estos tiempos vienen otros mejores y su tiempo vendrá. Por esto quiso matarlos, contó el caso a don Hernando y Lope, y al amanecer los hicieron confesar y les dieron garrote", dice la *Relación* (10).

Otros amantes aguardaban su turno de amor y muerte: Juan Alonso de la Bandera y Cristóbal Hernández. Quedó solo por el momento Salduendo quien "nunca salía de junto a ella de día y de noche", con el disgusto del tirano Aguirre. En compañía de doña Inés estaba una mujer casada "y uno de los matadores andaba mucho detrás de ella y vino a tomar amistad con Salduendo y por su intercesión vino a tener cuenta con ella y así los dos capitanes todo era andar enamorados. Entendiólo Lope de Aguirre y luego dijo que este negocio no podía parar en bien" (11).

Ortiguera dice de Salduendo que la amiga del gobernador era "su dama". Aguado cuenta que "cada uno de ellos la pretendía tener por amiga, por lo cual se llevaban muy mal los dos" y que ella "venía en el armada de estos amotinados envuelta con un Lorenzo de Salduendo" (12).

Para Castellanos *aquella que extremo fue de hermosas y fieles* (I, 648), no correspondió al amor de Salduendo. En el llanto por la muerte de Ursúa pone en sus labios estas palabras:

*No quiera Dios que falsos corazones  
Cumplan sus deshonestas pretensiones.* (I, 637).

Salduendo la persigue, *mas no llegó ni pudo hacer presa*. Al invitarla a que lo siga, con la promesa de que será respetada y servida de todos, ella consiente con una condición,

*Solamente mi honor os encomiendo  
En virtud de la buena hidalguía  
Pues no me tuvo Ursúa de mal modo  
Y el cómo sabe quien lo sabe todo. (I, 639).*

Consiente en volver para morir como cristiana, en vista de la muerte que presente cercana, quiere hacer penitencia, se confiesa y hace sepultar a su amante.

La galantería de Castellanos quiso salvar el honor de doña Inés, sin embargo, las relaciones contemporáneas de los hechos y los cronistas que tratan de la expedición no fueron tan indulgentes, para ellos sigue siendo la mujer de mala fama y peores mañas.

---

Un incidente, que podríamos llamar de los colchones, del cual no hace mención expresa Castellanos pero sí la *Relación*. Ortiguera, Aguado y Simón, tiene una conexión inmediata con el triste fin del nuevo amante y de la misma doña Inés. Mientras se aprestaban los bergantines hubo ciertas diferencias entre Lope de Aguirre y el capitán de la guardia Lorenzo de Salduendo, "el cual se había amancebado con doña Inés" quien tenía por comadre a una doña María de Sotomayor, mestiza, en quien reconocemos a aquella mujer casada detrás de la cual andaba uno de los matadores. "Por lugares donde habían de ir estas mujeres en los bergantines y ciertos colchones que querían llevar [...], el Maese de campo no quería, que decía que ocupaban mucho; por lo cual enojado el Lorenzo de Salduendo, dicen que dijo delante de las mujeres, arrojando una lanza que tenía en la mano: "Mercedes me ha de hacer a mí Lope de Aguirre! vivamos sin él, pese a tal!". Juntóse con esto que la dicha doña Inés dicen que había dicho un día antes, estando enterrando una mestiza que se le había muerto: "Dios te perdone, hija, que antes de muchos días ternás muchos compañeros". Informado de estos hechos el tirano, determinó matar a Salduendo y en efecto lo hizo delante del Príncipe "a estocadas y lanzadas" (13).

Castellanos dice que habiendo proseguido el viaje, llegaron a cierta isla en donde se detuvieron, y

*Don Fernando por parte del Salduendo  
Al Aguirre mandó públicamente  
No vaya doña Inés con el estruendo,  
Sino que se le de lugar decente:  
El Aguirre desenfrenó la lengua,  
Hablando muchas cosas en su mengua. (I, 645).*

Aguirre recibió muy mal el recado y pronunció toda clase de insultos contra Salduendo, quien no menos enojado, dio las quejas a don Fernando y se expresó mal del tirano,

*Donde se sufre que este tenga mando?  
Hay necesidad dél en el viaje?  
Un hombrécillo de los desechados  
Nos tiene de tener avasallados?*

*Aguirre, por tomar más de mañana  
Los pasos a los que eran del concierto,  
Entró tras él bien como tigre hircano,  
O bien como león bravo y esperto,*

*Y atravesólo con la partesana,  
Dando luego con él en tierra muerto:  
Don Fernando quedó como sin tiento,  
Viendo tan infernal atrevimiento. (I, 646).*

La ira del tirano no estaba satisfecha con la muerte de Salduendo. Era necesario acabar con doña Inés por cuya causa había tenido tantos disgustos y amenazas. Continúa la *Relación*: “y luego mandó a un sargento suyo, llamado Antón Llamoso, y a un Francisco de Carrión, mestizo, que fueran a matar a doña Inés; los cuales fueron y la mataron a estocadas y cuchilladas, que era gran lástima vella, y robánronle cuanto tenía” (14).

Castellanos cuenta que Aguirre la mandó llamar, ella huyó y a perseguirla envió dos traidores *que fueron Alarcón y Joan Llamoso*. Nótese de paso la diferencia de nombres con los que nos da la *Relación* ya citada. Ortiguera los llama Antón Llamoso y Francisco de Carrión, del primero dice que era portugués, zapatero y “el más cruel, endemoniado tirano que los hombres han visto, ministro de Satanás y de todas o las más muertes que este traidor daba”, de Carrión afirma que era mestizo (15). Aguado y Simón dan los mismos nombres.

Continúa Castellanos con el encuentro de la desventurada y sus verdugos. Inútiles fueron sus lágrimas y ruegos,

*Pues como tal, el pérfido Llamoso  
Asiéndola del áureo cabello  
(Qué haces, o cruel facineroso?  
No ves un espectáculo tan bello?)  
Al fin con el cuchillo sanguinoso  
Cortó las venas de su blanco cuello;  
Fuego de San Antón abrase mano  
Que pudo hacer hecho tan tirano. (I, 648).*

La imprecación que el Beneficiado dirige al asesino es patética:

*Traidor! si tu naciste de mujeres,  
Qué bestia parió hijo tan nefando?  
Y si eres hombre, di, cómo no mueres  
Tan enorme traición imaginando?  
Desdichado de ti, que donde fueres  
Siempre la soya llevas arrastrando,  
Pues la justicia del divino alarde  
No deja de llegar, aunque se tarde. (I, 648).*

Las dueñas de su compañía disponen el rústico entierro, hiciéronle un sencillo monumento, regaron de flores la sepultura y no faltó quien escribiera en los árboles un epitafio latino que el mismo Castellanos traduce:

*Encubren estos laureles  
Aquella que extremo fue  
De hermosas y fieles,  
A quien sin qué ni por qué  
Mataron manos crueles.  
Aquesta montaña esquiva  
Se tiene por muy altiva  
Con su muerte perfección,  
Y el animal de razón  
No quiso tenella viva. (I, 648).*

Así terminó la trágica vida de doña Inés de Atienza, la bella, que queriéndolo o sin querer, fue causa de perturbación, encendió pasiones violentas y desató los peores instintos en *el animal de razón*.

Una segunda categoría de mujeres españolas en la conquista fue la de las solteras que venían en busca de marido o *con sueltos pareceres*. Unas recatadas y sencillas, otras ambiciosas de grangerías con sus cuerpos allí donde las riquezas eran muchas, la moral más libre y los frenos sociales muy escasos. De todas llegaron en navíos españoles o vieron por estas tierras la luz primera.

Hemos hecho mención de la llegada de don Diego Colón a la Española. Castellanos dice que la comitiva fue recibida con alborozo,

*Porque vinieron damas y doncellas  
Gencrosas, hermosas y cabales,  
Que por haber entonces falta dellas  
Se casaron con hombres principales. (I, 212).*

En la expedición pacífica de Las Casas, al lado de los grandes señores *en alguna manera señalados*, venían graciosas muchachas: Mari López, Joana Luenga, Sancha, Teresa Díaz, Mari Menga (Dominga). (I, 577).

Con el mariscal Jorge Robledo aumentó el aporte femenino porque

*Trajo consigo cándidas doncellas,  
Deudas cercanas suyas principales,  
Y aquí tenemos hoy a las dos dellas  
Con el renombre de Caravajales. (III, 235).*

El doctor Juan Maldonado quien fue después fiscal y oidor de la Audiencia, trajo tres sobrinas dignas de alabanza:

*Doña Leonor, doña Isabel, doña Ana,  
Puestas con gran razón en escriptura  
Con tinta de alabanza soberana,  
Porque demás del don de hermosura,  
Su gran bondad, honor, vida cristiana,  
Camino van de celestial altura. (II, 251 s.).*

En la expedición de Lebrón venía el capitán Diego Suárez de Deza,

*...de quien queda monumento  
insigne de tres deas, hijas suyas,  
doña Isabel, Leonor y Catalina  
no menos avisadas que hermosas,  
con el esmalte de virtud cristiana. (IV, 349).*

Vino también Diego Rincón, casado con doña Luisa de Porras, padres de

*...doña Catalina Rincón, ninfa  
a quien pocas veces exceden en belleza,  
aviso, discreción y gallardía. (IV, 350).*

Con ellos llegó también Diego García Pacheco, de origen noble, primer conquistador de Santa Marta, casado luego con doña Francisca de Caravajales y padres de una lucida descendencia:

*Son éstas doña Inés, doña María  
de gracia y hermosura con un colmo  
que no puede subir a mayor grado. (IV, 352).*

Con la expedición de Alonso Luis de Lugo vino al Nuevo Reino Antonio Fernández. El Beneficiado pudo apreciar en Tunja los encantos de la hija, una preciosa joya,

*doña Beatriz Herrera, do sin yerro  
empleó su píncl naturaliza  
para dalle las gracias con aumentos. (IV, 415).*

Y qué decir de las hijas de Juan de Mayorga el marido de doña María de Cazalla,

*que son doña Isabel y doña Juana  
Catalina, Leonor, Inés, Felipa,  
y menor en edad doña María,  
todas en hermosura y en aviso,  
virtud, bondad, honor, recogimiento,  
más ricas que de bienes de fortuna. (IV, 416).*

A Tunja llegó Bartolomé Camacho, casado después con doña Isabel Pérez, en quien hubo

*tres deas más graciosas y más bellas  
que las divinas tres examinadas  
por los lascivos ojos del Troyano:  
son Isabel, Elvira y Anastasia,  
y aquella bella ninfa de ganancia  
que es Isabel Zambrano, que no menos  
arrebata los ojos más compuestos  
su gracia, su primor y gallardía. (IV, 454 s.).*

No menos bellas fueron las hijas de Alonso de Olalla,

*Doña Juana, Isabel, María y Ana,  
sujetos claros, donde resplandecen  
aquellas cualidades y virtudes  
que para ser ilustres se requieren. (IV, 466).*

Tan bella como las anteriores fue la hija de Venero de Leiva, doña Juana,

*que en lo que puede dar naturaleza  
de dones gratuitos no le falta  
plenísimo y ercero cumplimiento. (IV, 514).*

La vida en América de estas doncellas presenta los más fuertes contrastes: avisadas, discretas, buenas y virtuosas las unas; traidoras, de malas costumbres otras, pero eso sí, todas hermosas y bellas para el cronista.

Un caso que pudiéramos llamar milagroso, en que una niña salva a toda una expedición, fue el de Inesica. Cuando el adelantado don Francisco de Garay, compañero de Colón en el segundo viaje, gobernaba la isla de Jamaica, emprendió ciertas incursiones en busca de nuevas tierras. Así llegó a Cuba en donde le informaron que Panuco estaba poblado por gentes de Cortés. Para evitar dificultades envió a Zuazo a entrevistarse con Cortés en la Nueva España. La flota en que viajaba tuvo que enfrentarse a una violenta tempestad en que perecieron varones y dueñas. Por fortuna llegaron a una isla estéril en donde buscaron acomodo, pero la sed empezó a hacer sus efectos en la tripulación. el calor era insoportable y ya pensaban que les había llegado la última hora.

*Había pues en esta compañía  
Un ánimo cabal en su cordura,  
La cual como los otros padecía  
Aquella miserable desventura:  
Inesica la niña se decía,  
E ya cercana de la sepultura  
Al buen Zuazo y a los circunstantes  
Les habló con palabras semejantes:*

*“Una señora, ya mujer anciana,  
Su rostro como el sol resplandeciente,  
El nombre de la cual dijo ser Ana,  
Abuela del Señor omnipotente,  
Me mandó que dijese que mañana  
Fuéscdes por allí mas al poniente,  
A la isla que véis estar frontera  
Y allí hallaréis agua pasadera”. (I, 316).*

Murió la niña y con ella otros nueve y al día siguiente emprendieron camino a la isla indicada. Vanos resultaron los esfuerzos por conseguir de los pozos que cavaban agua potable. Cuando ya todos habían perdido la esperanza, Zuazo oró con piedad y dio orden de cavar en determinado sitio.

*Cavaron luego muchos con fe pura,  
 Y pensando pasar más adelante,  
 No mas de codo y medio de fondura  
 Sacaron agua dulce y abundante.  
 Dio tan grande contento la dulzura,  
 Que el más muerto cobró nuevo semblante:  
 Gustan aprisa todos el consuelo,  
 Alzan los ojos, dan gracias al ciclo. (I, 319).*

En el convento de Santa Clara de Tunja, fundado por la piedad de Francisco Salguero y su mujer Juana Macías, ingresó con la fundadora una sola virgen que fue Juana de la Cruz, a quien siguieron

*otras cuatro doncellas, sus hermanas,  
 dechado de pureza, cuyos nombres  
 son Catalina y Ana e Isabela  
 y Brígida del nombre de la madre,*

hijas ellas de Gonzalo García, soldado principal y vecino de Vélez. (IV, 454).

En la historia muchas veces atormentada de estas mujeres, no podía faltar el rapto. En la expedición de Diego de Ordás figuraba Gaspar de Silva con sus dos hermanos. Gente principal de Tenerife, ricos y generosos en ofertas que después conocieron ser inciertas. Hubo naufragio, asalto por parte de los Silvas de un galeón y como si esto fuera poco,

*Culpáronlo, demás destos engaños,  
 Del rapto de Isabel, linda muchacha;  
 La cual yo vi morir ha pocos años  
 En el pueblo del Río de la Hacha,  
 Casada ya con hijos y con nietos,  
 Que están ayunos hoy destos secretos. (I, 339).*

Si admiramos la lealtad de doña Ana de Rojas, hay que confesar que no todas eran de su temple. Mujer aventurera y de mala casta fue la morisca Leonor Suárez a quien llamaban *la Fundimenta*. Su nombre está ligado a la trágica muerte del valiente capitán Alonso de Herrera, compañero de Ordás. Un día reposaban los españoles *el pesado bochorno de la siesta* mientras un centinela vigilaba. De pronto la morisca se acercó hasta el vigía y le pidió que fuera por leña mientras ella quedaba haciendo la vela. Persuadido el inocente, *el sayo se bajó, subió la saya* al lugar destinado para hacer la vigilancia. Lo cierto fue que no vio a los indios o si los vio no lo dijo. Llegó la multitud de gente belicosa, atacaron con ímpetu a los españoles y muchos fueron heridos. Cuando Alonso de Herrera fue a buscar su caballo no lo encontró porque sin orden suya lo habían llevado al bebedero. Una flecha le pasó las espaldas, otra le dio en la quijada; no obstante las heridas acometió con violencia contra los indios, pero a pesar de las curaciones de la *crasa Minerva*, vino a morir con Vargas y Usagre, *indigno de morir desta manera*. Castellanos al referirse a la Fundimenta dice indignado que *no fue mujer sino Mejera* (I,

429 s.), clara reminiscencia de sus lecturas de Virgilio quien pone a esta Furia en el infierno. (Aen. XII, 846).

Aquellas mujeres que querían a todo trance conseguír el amor aun por la fuerza no se detenían en la elección de los medios. Sedeño fue víctima de una de ellas,

*Unos por su salud están gimiendo,  
Otros su fin y muerte deseando,  
y aun dicen dalle yerbas la morisca  
Fernández que llamábamos Francisca.* (I, 531).

Intimamente ligado con el caso de doña Inés de Atienza la amante de Ursúa, está el de la infortunada hija del tirano Aguirre, doña Elvira, mestiza como la anterior. La *Relación* anónima nos la presenta como moza de poca edad y de gentil disposición y hermosura" (16). Comprometida en matrimonio sin tomar cuenta de su parecer, con un hermano de don Hernando de Guzmán residente en el Perú y llamado don Martín de Guzmán. "A la moza puso luego don y le dio una ropa de seda muy rica, que era del gobernador y otras joyas y la comenzó a tratar como cuñada" don Hernando (17).

Cuando Aguirre se vio perdido, resolvió matarla para que "no venga a ser colchón de bellacos" y "porque no quedase entre sus enemigos, ni la llamasen hija del tirano" (18). Este episodio sangriento que registran las diversas *Relaciones* y cronistas, segó la vida de aquella muchacha inocente y delicada, "la única flor limpia [...] en aquel espeso ramo de crueldades y matanzas", como dice la autora de *Las mujeres de los Conquistadores*.

Castellanos cuenta el hecho. Viéndose Aguirre perdido,

*No duda que su vida se concluya,  
Pero con muerte de una hija suya.* (I, 686).

Después de una patética invectiva contra el tirano, el cronista pone en boca de la doncella estas palabras:

*La moza le responde: "padre mío,  
Mejor nueva pensé que se me diera,  
Qué mal, qué sinrazón, qué desvarío  
He cometido yo para que muera?  
Mejor lo haga Dios, y en El confío  
Que no moriré yo desta manera:  
Este pago me dáis, este marido  
Por lo mucho que siempre os he servido.*

*"Cristianas gentes son entre quien quedo,  
Y a quien no daré causa de discordia:  
Mostrar con mujer flaca tal desnudo  
No es animosidad sino vecordia:  
Desdichada de mí, pues que no puedo  
En mi padre hallar misericordia!  
No más, señor, tened vuestra derecha".*

*Responde: "nada, hija, te aprovecha".  
 Pasa por donde pasan los mortales,  
 Dése fin a la gente pecadora,  
 Acábanse los males con sus males,  
 Mi día se llegó, llegue tu hora:  
 No quiero que te digan los leales  
 La hija del traidor, o la traidora".  
 Y para colmo de sus malos hechos  
 Dióle de puñaladas por los pechos. (I, 687).*

Con el título de "Un hecho histórico en tres obras literarias" escribió don Oswaldo Díaz Díaz un interesante estudio en el *Boletín de Historia y Antigüedades* (Vol. 47, p. 224 s.). Se trata de la muerte de doña Elvira de Aguirre en la "Familia de Carvajal" de Próspero Marimée, "Lope de Aguirre" de Carlos Arturo Torres y "Tirano Banderas" de don Ramón del Valle Inclán. Allí puede encontrar el curioso datos muy interesantes y documentados sobre la hija del tirano. Enrique Otero D'Costa en su delicioso libro *Historietas (Leyendas y tradiciones colombianas)* Manizales, 1934, con el título "Digitus Dei" rememora el trágico fin de doña Inés de Atienza y doña Elvira de Aguirre en página emocionada y bien escrita.

Antes de cerrar este martirologio de la mujer en la Conquista, evaquemos la figura de Ana Carneña, víctima del furor de las aguas. Cuando el adelantado don Pedro de Heredia, a vista de la residencia que le adelantaba el doctor Maldonado, resolvió apresurar sus pasos a Castilla, la flota en que navegaba tuvo que desafiar un furioso temporal. La "Condesa" y la "Capitana" chocaron fuertemente y muchos perecieron.

*Tristes pero brevísimas querellas  
 En balde pudo dar Ana Carneña,  
 Y con ella también ocho doncellas  
 Mestizas que servían a esta dueña;  
 Pues hechas una balsa toda ellas  
 El impío mar la muerte les enseña,  
 Con otros que debieron ser cuarenta,  
 Absortos de la grávida tormenta. (III, 256).*

#### NOTAS

- (1) Toribio de Ortiguera, *Jornada del Río Marañón (Historiadores de Indias II en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles 15.*

*Relación verdadera de todo lo que sucedió en la Jornada de Omagua y Dorado...* en el mismo volumen. Publicada conforme al ms. J. 142 de la Biblioteca Nacional de Madrid, anotando las variantes que ofrece el J. 136 de la misma.

Emiliano Jos publicó una relación denominada *Hernández* como apéndice de su obra *La expedición de Ursúa al Dorado [...]* (Huesca, 1927).

Por otra parte, el relato de la expedición de Ursúa está incluido en todas las historias generales. Conviene advertir que Aguado y Simón coinciden por lo general, hay párrafos que son casi idénticos en la redacción lo cual da a entender que usaron como fuente la misma relación. Cuando se cita simplemente *Relación*, se refiere a la edición de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles ya mencionada.

- (2) Aguado, *Recopilación Historial*, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, tomo IV, p. 150.  
Simón, *Noticias Historiales* [...] Bogotá, Impr. de Medardo Rivas, 1882, tomo I, p. 250.
- (3) *Relación*, p. 435 nota.
- (4) *Ibid.* p. 428 nota.
- (5) *Ibid.* p. 433.
- (6) Ortiguera, p. 334.
- (7) *Relación*, p. 437.
- (8) Aguado, IV, p. 178. Dice la *Relación*: "Y a esta sazón el Gobernador iba malquisto con la mayor parte del campo, que eran ruines y mal intencionados, porque no les dejaba robar y atar indios, y rancharlos y matarlos a diestro y siniestro [...]" p. 433.
- (9) *Relación*, p. 426; Ortiguera, p. 317; Aguado IV, p. 150; Simón I, p. 250.
- (10) *Relación Hernández*, p. 234 s.
- (11) *Ibid.* p. 235.
- (12) Ortiguera, p. 136; Aguado IV, p. 427.
- (13) *Relación*, p. 445.
- (14) *Ibid.* p. 445.
- (15) Ortiguera, p. 363.
- (16) *Relación anónima*, edic. Jos, p. 250.
- (17) *Relación de Pedro de Ursúa*, p. 50.